

# LA NOCHE DEL PESCADOR



EL SECRETO VIVE  
EN LAS  
PROFUNDIDADES

ALEXANDER COPPERWITTE

Lee el misterio

# LA NOCHE DEL PESCADOR

Por: Alexander Copperwhite

## Lee el misterio

Título: La noche del pescador

Idea original: Alexander Copperwhite

Supervisión de texto y estilo: Raquel Patricia Marrodán

Portada: Alejandro A. Blanco

Supervisión general: María del Pilar Meseguer García

Edición: AC ediciones libres

Con la colaboración de:



Sello de calidad

© Todos los derechos reservados

Índice

|                                |    |
|--------------------------------|----|
| I                              |    |
| Recuerdo tu amor .....         | 5  |
| II                             |    |
| El regreso .....               | 8  |
| III                            |    |
| Quiero ver el acantilado ..... | 11 |
| IV                             |    |
| Ya no me acuerdo .....         | 13 |
| V                              |    |
| Bajo el mar .....              | 15 |
| VI                             |    |
| Niebla en la mirada .....      | 18 |
| VII                            |    |
| Mi hijo.....                   | 20 |
| VIII                           |    |
| La misión .....                | 23 |
| IX                             |    |
| El mar.....                    | 25 |

Lee el misterio



Esta historia se desarrolla en un pueblo de Portugal llamado Salema.



Se trata de una historia ficticia.

Cualquier parecido a los personajes es una simple casualidad.

# I

**N**unca olvidaré aquella noche estrellada, cuando las gaviotas aún merodeaban por la playa en busca del tacto de la arena y las olas del mar, en su perfecta imperfección, unas veces arremetían contra la orilla y otras la acariciaban dejando su inconfundible aroma. Nunca dejaré de buscarte mi amor. Nunca dejaré de soñar en el día que regresarás a mis brazos.



Un intenso vaivén de turistas y lugareños alborotaban la tranquilidad del antaño apartado pueblo. Donde antes reinaban las algas, mezcladas con piedras de mar y conchas brillantes, ahora los pavimentos de piedra y las señales de tráfico ocupaban su lugar. Los tejados de las pequeñas casas de los pescadores se ocultaban bajo la sombra de los nuevos edificios hoteleros; más altos, más cuadrados, menos tradicionales. La única carretera que atravesaba la localidad costera, abarrotada por los coches, no se parecía en nada al caminito lleno de aparejos y redes que fue en su momento.

Durante las cálidas noches de verano, los restaurantes y los locales de copas se llenaban con cazadores de buenos recuerdos y de diversión fugaz. El alto volumen de la música sólo se veía superado por los gritos de alegría que vociferaban los juerguistas, mientras la playa se transformaba en un escenario donde los actores vivían romances de medias lunas

que surgían con un fondo de llamas coloreadas por la brisa marina.

Un hombre viejo oteaba el paisaje desde lo alto de un acantilado. En aquella zona del sur de Portugal, la tierra se cortaba repentinamente y creaba interminables muros, de rocas y hierbas, que rodeaban sus costas y se alzaban inexpugnables frente al océano Atlántico; y continuaban hacia el norte del país.

Sus ojos cortaban el horizonte en busca de su mujer, ignorando la existencia de cualquier otro ser humano que se encontrase cerca de él. Los surcos de su piel, profundos y endurecidos, se parecían a zanjas cavadas por las lágrimas derramadas durante todos los años que había vivido sin su amor, su esposa, su razón de ser. Cada noche se subía a lo alto de aquel acantilado y cada noche rezaba a la mar para que se la devolviera. Sus uñas, ennegrecidas por la dejadez, formaban parte de un cuerpo esquelético, atormentado por el desamor.

Una noche cualquiera, de aquellas que se consumen sin dejar huella alguna en nuestras vidas, el pescador escuchó una voz que provenía del mar. Los dulces compases que la acompañaban, adornados por las olas, le alentaban a coger de nuevo su bote para lanzarse al agua en busca de su amada.

“Dame un beso mi amor. Acaricia mis mejillas con tu aliento y regálame el dulce sabor de tu mirada una vez más. Bebe mis labios teñidos de azul y acerca tu pelo al mío, para que de nuevo volvamos a ser uno”

Las palabras anclaron en el corazón del viejo y este se echó a la mar. Sus brazos recobraron la fuerza de la juventud y engancharon los remos igual que las mandíbulas de un tiburón

## Lee el misterio

que se aferran a su presa. Remó con tanta fuerza y tanta ansia, que en muy poco tiempo se había alejado de la costa y únicamente se distinguía de él una sombra que era tragada por la luz de la luna.

Los lugareños y los turistas se detuvieron. Abandonaron los locales y se agruparon a la orilla de la playa para ver hasta dónde llegaría el viejo pescador. El silencio se apoderó de la pequeña localidad de Salema, como años atrás, y la música de las olas era lo único que quedaba entre el pescador y la tierra firme. Hasta que su silueta desapareció por completo.



## II

*D*os años más tarde...

- ¿Dónde estoy?

Era invierno y las calles de Salema disfrutaban de la tranquilidad y del silencio de un pueblo en estado de hibernación.

- ¿Qué ha pasado?

El viejo se levantó y se miró las manos. Las cerró y las abrió varias veces para deshacerse del hormigueo, se chupó un dedo para limpiar la sangre de un corte, se quitó la arena que tenía pegada en el pelo y se levantó.

El día bañaba la pequeña localidad y los pescadores que arreglaban sus redes en el refugio, al lado de la playa, corrieron a socorrer al hombre que había aparecido de repente de la nada.

- ¡Dios santo! –Exclamó uno-. ¡Pero si es Rui!

- Es verdad, pero ¿cómo es posible?

Los pescadores, desconcertados, abrazaron al viejo. Uno de ellos le llevó una botella de agua mientras otro le cubrió con una manta que olía a pescado. No importaba. El viejo les agradeció todo lo que hacían por él, aunque no estaba muy seguro de lo que ocurría.

- ¿Quiénes sois vosotros? –Preguntó el viejo-

Todos se quedaron perplejos.

- Madre mía, la mar le ha robado la memoria. –Comentó Manel, el más parlanchín de todos-. Todavía me acuerdo cuando a mi primo Federico le ocurrió lo mismo.

- Pero si tu primo perdió la memoria sólo durante una noche, y porque se bebió dos botellas de Medroño. –Dijo levantando la mano Sergio-.

- Que no. –Continuó Manel-. Fue la mar quien se la robó.

Uno de los más jóvenes, Damiao, apartó a los dos impertinentes y miró al viejo a los ojos.

- ¿De qué te acuerdas? –Le preguntó-. ¿Sabes cómo te llamas?

- No... no me acuerdo, aunque creo que alguien me ha llamado Rui.

- Puede que no te acuerdes de nada, pero sí que te mantienes en alerta. Venga, cógete a mí que te ayudaré a caminar hasta el coche.

- ¿A dónde vamos?

- Creo que lo mejor será que te vea un médico. Por lo que sé has estado desaparecido durante más de dos años y seguro que no es nada bueno.

El viejo se quedó sin palabras. Sus labios comenzaron a temblar, como si una tiritona le hubiera poseído de repente. Alzó la vista y contempló el acantilado que se elevaba orgulloso por encima de todo y de todos.

- Quiero subir allí arriba. –Susurró-.

Damiao no le soltó.

## Lee el misterio

- Primero tienes que lavarte y cambiarte de ropa, luego iremos a ver al médico y cuando acabemos te llevaré a tu acantilado.

- ¿Mi acantilado? –Preguntó sorprendido el viejo-.

- ¿Es que no te acuerdas de nada?

- No.

El cielo empezó a nublarse y se levantó algo de viento. Los pescadores corrieron al refugio para terminar con las redes y guardarlas antes de que comenzara a llover, mientras el viejo se sentaba en la camioneta de Damiao. Se estaba fijando en todo, pero con los ojos vacíos. Un amargor de tristeza se le atragantaba cuando miraba a lo que llamaron “su acantilado”. *¿Por qué dirán que es mío?* –Pensó el viejo-. Abrió las palmas de las manos y descubrió que la mar se las había ablandado. Sus dedos carecían de huellas dactilares e incluso las llamadas líneas de la vida se habían emblanquecido. Era como si su futuro y su pasado se hubieran borrado de su cuerpo, dejando en él el inútil suspiro de la vida, falta de todo recuerdo que pudiera hacerle humano.

### III

**D**espués de visitar al médico, de regreso a su casa, el viejo intentaba imaginarse cómo sería ese lugar al que antaño llamaba hogar. Durante el chequeo se sintió de una forma extraña, como si fuera un conejillo de indias. Pensaba en aquel hombre de bata blanca que no paraba de pronunciar su nombre y de contarle batallitas pasadas. Cuando se resfrió capturando un enorme Robalo, cuando se cortó sacando la barca del agua, cuando la fiebre casi se lo lleva hace tres años. Aquel hombre, de rostro serio, engafado y peinado como si una vaca le hubiera lamido la cabeza, parecía conocer más cosas de su vida que él mismo.

- ¿Por qué me ha sacado sangre el doctor si dijo que estaba bien?

- Para asegurarse. –Contestó Damiao-.

- Claro... claro. –Contestó el viejo disimulando que entendía el motivo-.

El verde que brotaba entre las dos colinas, vestía la carretera que bajaba hacia el pueblo. Un frescor invadió las fosas nasales del viejo y este suspiró apaciguadamente. Bajó la ventanilla del coche y sacó la mano derecha junto con la cabeza. El olor de la mar provenía del fondo de aquella carretera, el sabor de aquella libertad por la que los hombres luchan desde hace siglos.

- Quiero ir al acantilado. –Dijo el viejo-.

- ¿No prefieres que te lleve a casa?

- Sé que sería lo mejor, pero por favor, llévame primero al acantilado.

- De acuerdo. –Asintió Damiao-. Pero no nos quedaremos mucho tiempo.

- No, no... sólo un poquito.

La poca hierba que brotaba a lo alto del acantilado ataba el suelo con fuerza para no ser arrastrado por el fuerte viento. El mar, que alcanzaba hasta donde terminaba la vista, se había agitado y arremetía con saña contra las rocas y los muros de tierra. Las olas que nacían en su interior debían de medir al menos siete u ocho metros de altura y el ruido que hacían al embestir la superficie sólida se asemejaba al del trueno cuando corta la atmosfera.

El viejo se arrimó demasiado a la orilla y miró hacia abajo.

- ¡No te acerques tanto! –Exclamó Damiao-. Que te puedes caer.

- Creo que esto ya lo había hecho antes. –Contestó el viejo-.

Se agachó y cogió un puñado de tierra. La amasó en su mano hasta deshacerla por completo y la tiró hacia arriba.

- La tierra ya no me quiere. Musitó el viejo-. El mar está enfadado porque me reclama.

Entonces, sin ningún motivo aparente, se cogió del cuello y gritó de dolor.

- ¿Qué te pasa? –Preguntó Damiao acercándose-.

- No puedo. Agghhhh. No puedo.

Su cara cambió de color verde a color blanco en cuestión de segundos y, en un abrir y cerrar de ojos, se desplomó.

## IV

Todo estaba lleno de polvo. La mesa, las estanterías, los marcos de los cuadros, los utensilios de cocina, las camas, las mantas... todo. Damiao tuvo que ir a su casa y traer un juego de cama limpio para que el viejo pudiera descansar en condiciones; también le trajo una barra de pan, queso de cabra, jamón, una botella de leche y un poco de vino. Justo lo necesario para que un pescador pueda recuperar fuerzas.

- Descansa viejo. –Le susurró-.

Dejó la estufa de leña encendida y se marchó a su casa.



La luz del sol penetró en la casa del viejo y le despertó. Se sentó sobre la cama, confuso, y miró a su alrededor para averiguar dónde se encontraba. Lo reconocía todo, sabía en qué lugar encontrar cada cosa, peor aún no se acordaba de nada. Vestido con una camiseta de tirantes blanca y unos calzoncillos a juego, se levantó tímidamente y recorrió la habitación. Acarició con la yema de los dedos el marco de una fotografía que descansaba sobre un tocador de tiradores dorados y tallados de flores silvestres.

Se paralizó.

Una mujer le observaba desde el otro lado de ese marco. Una imagen inmóvil de alguien feliz, con una mirada repleta de ansia de vida, un semblante sereno. El pelo rizado de aquella

mujer alcanzaba su cintura, un sombrero rosa realzaba el color de sus mejillas y sus delicados brazos se cruzaban en un ramo de margaritas de corazón naranja y pétalos de puntas lila.

Entonces su mirada se detuvo en un niño que se abrazaba a ella con todas sus fuerzas y cariño. Apenas se le veía, ya que se había escondido detrás de su larga falda y sólo se le veían los ojitos y su corto y moreno pelo.

El viejo se agarró el corazón. Parecía que se le iba a salir del pecho. Apretó con fuerza los dientes y cerró los ojos mientras agachaba la cabeza. Un líquido parecía querer salir de su estómago y le ahogaba los pulmones, le escocía la garganta y le presionaba la cabeza.

- ¡Aaaaaagggghhhhhh! –Gritó el viejo-.

Se tiró de rodillas al suelo y, sin soltar el marco de la foto, comenzó a llorar desbocadamente. Imágenes del niño corriendo por la playa invadieron su subconsciente.

Tartas caseras de nata y crema pastelera, adornada con velas de colores. Un año, dos, tres, cuatro, cinco. Gorros de fiesta, tiernos abrazos, reuniones familiares y regalos navideños. El niño ahora ocupaba cada pensamiento y cada emoción del viejo, y él se veía más joven, más feliz. Eran momentos en los que uno creería que jamás iban a detenerse o terminar.

Entonces el viejo se fijó en el polvoriento suelo y se dio cuenta de dónde se encontraba.

- Hijo mío. –Dijo llorando y se desmayó-.

## V

**B**urbujas y más burbujas. La superficie se alejaba igual que el cielo que aparece inalcanzable. El brillo de color azul se transformaba en una tinta oscura interminable, que sólo se movía con los rayos de sol que la penetraban con cada movimiento de las olas. Un intenso frío abrazó al viejo. El fondo del océano no aparecía por ninguna parte y a pesar de no poder respirar, él conseguía llenar sus pulmones de oxígeno. Una fina membrana cubrió sus ojos hasta que la nada y lo desconocido le había rodeado por completo.

“Socorro” –Quiso gritar-.

El agua fluyó por su garganta hasta posarse en su estómago y de ahí a su barriga. Un dolor frío le recorrió las entrañas, pero aún seguía vivo, aún se movía con facilidad. Su descenso se aceleró y lo único que sentía era las burbujas de aire que salían de su nariz y, tras acariciarle la frente, se escapaban velozmente hacia la superficie.

Pasados unos instantes, que igual podrían haber sido segundos o puede que horas, el viejo vislumbró un gris amarillento proveniente del fondo del océano. Era hermoso, a la vez que triste. Una de las corrientes del sur le rodeó y le propinó una caricia de calor. Las algas que se contoneaban grácilmente, ancladas en las rocas del fondo y la arena, soltaron un sinfín de pompitas blancas que se enredaban creando espirales de aire y figuras danzantes.

“La bienvenida” –Pensó el viejo-.



*Cuando por fin consiguió pisar el fondo marino, una sensación extraña le recorrió el cuerpo, desde abajo hacia arriba, y se maravilló con las anemonas que brotaron alrededor de sus pies. Extendió las manos y un sinfín de peces nadaron a su alrededor. Esas criaturas marinas, desconocidas para la mayoría de los habitantes de tierra, lucían una antena de color oro que brillaba en la oscuridad cual diamantes bajo el sol.*

*En cierto momento, el viejo consiguió escuchar una especie de música que le estremecía el cuerpo con suaves vibraciones. Las notas se parecían a las de las ballenas cuando cantan para comunicarse, pero con fondos de violín y piano.*

*El viejo se relajó y cerró los ojos.*

*“Ahora es el momento. Ahora quiero morir” –Pensó-.*

*Ese pensamiento lo nubló todo. Un negro profundo comenzó a diluirse en el apacible y melódico fondo, haciendo que las algas se marchitasen, las anemonas explotasen y los peces se ahogasen a su alrededor. La corriente de agua cálida desapareció y un frío sepulcral le envolvió. Las canciones se ahogaron entre gritos de desesperación, chillidos de añoranza y llantos de agonía.*

*Ahora tuvo miedo. Se agarró el cuello con fuerza para soportar el dolor y comenzó a perder la capacidad de respirar bajo el agua.*

*“¿Qué ocurre?” –Se preguntó-.*

*De repente, un rostro desfigurado, mitad humano mitad pez, apareció frente a él. Sus afilados dientes, largos y punzantes como agujas, le mostraron un infierno en vida que nadie jamás sería capaz de soportar. Su entrecortada mirada,*

*parecida a la de un dragón, se clavaba en el alma del viejo y la sorbía con paciencia y precisión.*

*“No deberías estar aquí” –Dijo la criatura hablando directamente en su cabeza-. “Todavía no has terminado. Todavía no has terminado. –Repitió-.”*

*Con unas manos de uñas punzantes como navajas y dedos escamados, le sujetó del cuello y le levantó. Entonces abrió la boca y una lengua tan larga como una serpiente apareció desde el interior de su garganta y le envolvió la cara.*

*“No mires atrás o morirás pudriéndote entre la morralla de la mar” –Ordenó la criatura”*

*El viejo se retorció de dolor. Empezó a marearse y sus tripas se enredaron en su interior de tal forma, que por un momento creyó que su cuerpo se partiría por dentro. Sangraba por la nariz, por la boca, por las orejas e incluso por los ojos... hasta que la oscuridad le engulló por completo.*

## VI

**L**a sangre, que por un instante parecía habersele detenido, volvió a fluir y el viejo abrió los ojos de golpe. Al principio lo veía todo borroso, como si un fino velo le estuviera cubriendo la vista.

- ¿Te encuentras bien? –Preguntó Damiao-.

No supo reaccionar. La voz le sonaba familiar, pero no sabía muy bien de qué. Su memoria le fallaba, sus manos temblaban y su mente le jugaba malas pasadas.

- ¿Quién eres?

- Soy Damiao, ¿no te acuerdas?

Su vista comenzó a aclararse.

- ¿Damiao? No me acuerdo muy bien, ¿dónde estoy?

- Estás en tu casa, no tienes de qué preocuparte.

Con la ayuda del joven se levantó y se fijó en el marco de la foto que se encontraba en el suelo.

- Mi familia. –Tartamudeó-.

De pronto se soltó de Damiao y, sin ponerse nada encima, salió de la casa.

- Espera, que te vas a resfriar. –Dijo el joven-.

Corrió tras él y cuando salió de la casa se quedó sorprendido al ver que el viejo casi había llegado al borde del acantilado. *Que rápido.* –Pensó-. Aceleró el paso y se acercó al viejo con sigilo. Enseguida se percató de las lágrimas que recorrían sus mejillas y de la forma a la que se aferraba a aquel marco.

- Es una pena que sólo recuerde lo más doloroso. –  
Comentó el viejo-. Mi maldita cabeza podría acordarse del calor de sus cuerpos o de sus voces, pero únicamente me vienen a la mente imágenes que desearía olvidar.

- ¿De qué hablas?

- Mi hijo era muy bueno. Claro que lo trasteaba todo, como suelen hacer los niños, pero era obediente y cariñoso, prudente con los mayores y simpático con los de su edad. Por eso no comprendo porqué Dios se lo llevó de mi lado.

El día se cubrió de nubes negras y los relámpagos se alejaban del tronar del cielo. El viento agitó la mar y las gaviotas se alejaron de la playa para esconderse tierra adentro.

*“Dios no tiene nada que ver en esto”*

Ese susurro, proveniente de todas partes a la vez que de ninguna, inquietó al viejo.

- ¿Qué es lo que has dicho? –Le preguntó a Damiao-.

- No he dicho nada. –Dijo con cara de preocupación-. Me estabas hablando de tu hijo.

El viejo alzó la mirada hacia el cielo y esperó ser tocado por la primera gota de lluvia.

- Fue aquí, en este preciso lugar donde perdí a mi corazón y más tarde a mi alma.

## VII

**E**l recuerdo de su hijo jugando a la pelota con sus amigos se parecía a un holograma que parpadeaba delante de sus ojos. Las imágenes se movían con un realismo casi mágico o endemoniado, según el punto de vista, y las emociones se le clavaban en el corazón como púas ardientes.

*“¡Rui!, llama al niño que vamos a comer”*

El viejo se giró y vio a Clara, su mujer, tan joven como si aún tuviera veinticinco años.

*“Rui, ¿no me has oído? Llama al niño que la comida ya está”*

- Claro que sí. –Afirmó confuso-.

Sus pasos, livianos como el aire, le condujeron hasta un pequeño solar cerca de donde se encontraba. Allí, entre unas piedras y un montoncito de leña para la estufa, estaba su hijo jugando al fútbol.

- ¡Vamos a comer! –Exclamó emocionado-.

*“Ya voy papa”*

El pequeño cogió su pelota, se despidió de sus amigos y corrió para abrazar a su padre. El viejo sintió el tacto de su piel y la fuerza de sus brazos; tan tiernos, tan suaves. Un latido le hizo estremecer de placer y un suspiro se le escapó desde lo más profundo de su alma.

Sin darse cuenta, su hijo ya estaba corriendo de camino hacia su casa. Cantando y riendo.

- ¡Espérame!

*“Te quiero papa... te quiero”*

La gravilla rechinaba con cada salto que el pequeño daba, el polvillo que levantaba se pegaba en sus zapatos de color azul marino y un olorcillo fuerte, similar al del plástico quemado, lo emborronaba todo.

Los recuerdos se asfixiaban en la mente del viejo y las imágenes de aquellos momentos parpadeaban tanto, que temía perderlas de un momento a otro. Damiao, en silencio y preocupado, seguía con la mirada a Rui sin comprender muy bien qué es lo que estaba haciendo. Le veía perdido, persiguiendo el vacío de una existencia perdida o quizás muerta.

*“Vamos papa... vamos”*

Ahora el pequeño lanzaba la pelota al aire y la atrapaba entre risas y miradas de complicidad. La emoción de la alegría se vio eclipsada por una preocupación visceral, un sentir de agonía por lo ya acaecido.

- No, por favor no. Te lo suplico. –Sollozó el viejo-.

La pelota se le escapó. Recorrió el suelo rebotando en las piedras y desviándose por las ramas. El pequeño fue tras ella.

- No, no, no. Deja la pelota, quédate conmigo.

La memoria proyectaba una imagen nítida de aquel momento, como si toda su existencia se centrara en la mayor de las desgracias en lugar del recuerdo más dulce. El dolor lo aclaraba todo, ni la espesura de las lágrimas le nublaba la vista. Su hijo corría tras una pelota, hecha de piel de desgracias, el polvillo seguía brotando del suelo y las risas continuaban

pincelando el ambiente, pero el acantilado no perdona los descuidos.

- Por favor... llévame a mí. –Gritó el viejo desesperado-.

Las piernas le fallaron y se arrodilló suplicando al cielo clemencia. La risa se acentuaba a la vez que la pelota zigzagueaba cuesta abajo.

*“Mira papa... mira”*

Hasta que la risa se transformó en un grito de agonía y desesperación. Ahora sólo quedaba el polvillo en la mente del viejo; las imágenes se desvanecían y la realidad volvió a ocupar su lugar.

- ¿Te encuentras bien? –Preguntó Damiao-.

- Aquí es donde perdí mi vida.

## VIII

**C**on el marco de la foto en la mano, el viejo permaneció inerte frente al acantilado. Oteó la fotografía de su familia y se secó las lágrimas con el antebrazo.

- Recuerdo cómo mi mujer llegó corriendo al oír el grito de su hijo. Ella no podía comprender cómo se me pudo haber escapado. Desde entonces no volvió ni a mirarme ni a tocarme. Yo había muerto para ella, igual que su hijo.

- ¿Te abandonó?

El viejo se acercó más al filo del acantilado.

- Una noche de verano, de aquellas que aparecen para que los enamorados se junten bajo un manto de estrellas dorado, Clara se quedó de pie en este mismo lugar, durante muchas horas. Yo me quedé observándola. Me parecía una estatua de hielo, fría y alejada de este mundo, pero no llegué a pensar que en realidad buscaba el calor de nuestro pequeño. Ella escrutaba el horizonte y yo le suplicaba el perdón con la mirada. Y no fue hasta el momento que se dejó caer al vacío cuando desperté de mi hipnosis y comprendí lo que acababa de suceder. Todo estaba perdido. Mi vida, mi amor, mi alma. Nada quedaba en esta prisión a la que muchos llaman cuerpo.

Damiao le cogió del hombro y tiró de él con suavidad.

- No irás a...

- Tengo que esperar a la noche del pescador.

- ¿A qué te refieres? –Preguntó Damiao-



No contestó. Se limitó a darse la vuelta y a dirigirse de nuevo hacia su casa. Las gotas de lluvia se deshacían en los tejados dejando tras de sí su frescor y sonido característico; de las chimeneas ascendía el humo de la leña quemada y el vaho se condensaba en las ventanas.

- ¿Qué quieres decir con lo de la noche del pescador? –  
Insistió Damiao-.

El viejo se detuvo en su portal.

- Ahora recuerdo dónde estuve y a qué he venido. No tienes de qué preocuparte, sólo he de agradecerte lo que has hecho por mí.

- Prométeme que no te tirarás del acantilado y me iré.

- Te lo prometo.

Aunque sincera, la promesa del viejo no tranquilizó a Damiao. Esperó unos minutos bajo la lluvia y se cercioró de que Rui no iba a salir, ni se iba a acercar al acantilado. Pero entonces, un estornudo le despistó.

- Mejor me voy a casa o caeré enfermo. –Musitó-. Esta noche regresaré con algo de sopa.

## IX

**L**a noche llegó y la mar se enfureció al ver asomarse la luna. La espuma revoloteaba por la orilla de la playa en busca de un rincón donde deshacerse y las criaturas marinas, crustáceos, lapas, mariscos y peces, se cobijaron en las esquinas más secretas de las profundidades.

Aquellos, los guardianes de las almas perdidas, asomaban sus cabezas y escrutaban la tierra firme en busca de humanos. Sus dientes estaban afilados como las puntas de acero de las espadas y sus ojos absorbían toda esperanza de vida. Y el viejo, asustado aunque alegre, salió de su casa y se dirigió hacia la orilla.

En el bolsillo izquierdo de su chaqueta guardaba algo. El marco con la foto de su familia. Se acercó a una barca que casi nadie usaba y se apropió de ella. *Me gustaría poder devolvérosela, pero me temo no va a ser posible.* –Susurró riéndose-. Sus manos no temblaban, sus piernas aguantaban el peso al empujarla hacia el mar, su mirada no denotaba cansancio y su corazón anhelaba marcharse.

Los seres se acercaron lentamente sin salir del mar. Con los ojos arranados y las pupilas medio cerradas, comenzaron a gorgotear unos ruidos muy singulares y peculiares. Parecía que no tenían cuerdas vocales; el sonido atravesaba sus gargantas y salía de las branquias que tenían en sus mejillas.

- ¡Ya voy! –Exclamó el viejo-.

El agua rozó la popa de la barca y suspiró satisfecho.

- No tardo. –Continuó-.

Entonces sintió una fuerza que le agarró del brazo y le hizo detenerse en seco. Estiró el cuello con nerviosismo y su rostro tembló.

- ¿Qué estás haciendo viejo loco? –Dijo Damiao-.

Las criaturas callaron. Sólo las olas rompían el incómodo silencio que le envolvió en cuestión de segundos.

- No lo comprendes.

- Claro que no. ¿Qué son esas cosas y qué eres tú?

La piel se le caía lentamente, quedando como gelatina disuelta en el suelo. Sus ojos acaparaban más espacio en su fino rostro y sus manos se escamaban. Unas membranas aparecieron de entre sus dedos y sus mejillas se partieron hasta dejar tres cortes profundos en cada una de ellas.

- Tengo que volver a casa... con mi familia.

- Tu familia ha muerto. –Dijo Damiao-.

- Eso es lo que yo creía, pero resultó que no habían muerto.

- ¿Cómo?

- Mi mujer y mi hijo están allí, esperándome. Y he de volver con ellos.

- Yo... yo...

- La mar cuidó de ellos y ahora cuidará también de mí.

Damiao soltó al viejo que se había transformado en una criatura mitad humano, mitad pez, y dio dos pasos hacia atrás.

## Lee el misterio

- No me queda mucho tiempo, pronto perderé la capacidad de hablar. Adiós joven pescador y gracias por tu ayuda.

- Un minuto. –Dijo Damiao cuando el viejo se alejaba-.  
¿Para qué has vuelto?

El viejo sacó del bolsillo de su chaqueta el marco con la fotografía.

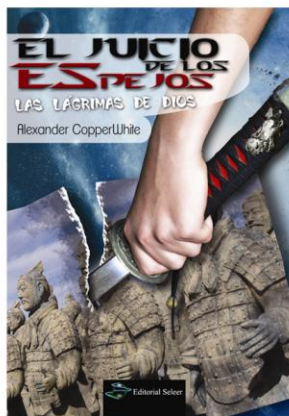
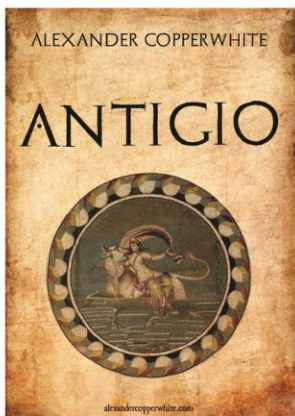
- He venido a por esto.

El joven se acercó y le ayudó a subirse a la barca. Las criaturas comenzaron a cantar de nuevo. Él empujó con fuerza y cuando notó que el helor del agua le llegaba hasta la cintura, propinó un último impulso a la barca.

El silencio apareció de nuevo mientras el viejo desaparecía en el mar, dejando una mancha de burbujas doradas que reverberaban bajo la luz de la luna.

- Buen viaje de vuelta a casa. –Musitó Damiao-. Y no te olvides de mí. ¿Quién sabe? Puede que un día tenga que ir a visitarte.

Lee el misterio



ALEXANDER COPPERWHITE

